

cayó en tierra de espaldas, y á lo lejos de la hermosa cabeza los adornos magníficos volaron; la diadema, los lazos del prendido, y hasta el velo con que la hermosa Vénus la adornara, aquel día feliz en que con ella Héctor se desposó dentro el palacio de Etion, y las dáticas nupciales la dió también de inestimable precio. Y de Héctor las hermanas y cuñadas, alzándola del suelo, entre sus brazos la sostenían aturrida y casi moribunda. Por fin en su sentido lentamente volvió; y dentro del pecho ya recogida el alma y exhalando muchos y hondos suspiros dolorosos, así decía en lágrimas deshecha de todas las matronas rodeada:

«¡Héctor! ¡Triste de mí! Los dos nacimos
»con igual desventura; tú aquí en Troya
»y el alcázar de Príamo, yo en Teba
»en el palacio de Etion mi padre,
»que la vida me dió para que fuese
»como él desventurada. ¡Hiciera el cielo
»que nunca él me engendrara! A las oscuras
»regiones de Plutón, bajo de tierra,
»ya desciende tu espíritu afligido;
»y en triste llanto y en dolor sumida
»me dejas y en viudez dentro tu alcázar,
»y en orfandad al hijo que nosotros
»¡desgraciados los dos! tuvimos. ¡Héctor!
»¡ay! ya ni tú, pues falleciste, puedes
»á él amparar; ni en tu vejez un día
»él tu báculo ser. Y aún cuando vivo
»se salve de la guerra asoladora
»de los Aquivos, dolorosas cuitas
»y trabajos le esperan numerosos
»toda su vida, siempre; y los ajenos
»dueños se harán de su heredad, mudando
»las lindes á las tierras. Aquel día
»que un niño queda huérfano, de todos
»los de su edad la protección acaba;
»y él, cabizbajo y abatido siempre,
»y en lágrimas bañadas las mejillas,
»y pobre, y sin poder, á los amigos
»de su padre importuna; y vergonzoso,

»por la túnica al uno y por el manto
»tirando al otro, su favor implora.
»Y si alguno tal vez se compadece
»de su orfandad, y copa reducida
»le alarga desdeñoso, sólo el labio
»riega el agua sediento, y la garganta
»á humedecer no llega. Y del convite
»otro, á quien vive el padre, con desprecio
»le despide poniéndole los manos,
»y diciéndole en voces injuriosas:
»*sal de aquí, miserable; pues no tienes*
»*padre que con nosotros al convite*
»*pueda asistir á escote;* y el muchacho
»torna lloroso de su madre viuda
»á la humilde morada. Así algún día
»volverá mi Astianacte, que hasta ahora,
»sentado en las rodillas de su padre,
»de la médula blanda de los huesos
»y la carne más tierna y delicada
»de la oveja comía. Y si rendido
»le había el dulce sueño y fatigado
»estaba de sus juegos inocentes,
»en mullidos cojines descansaba
»y suntuoso lecho entre los brazos
»de su nodriza, el corazón alegre.
»Pero desde este día, ¡cuántas penas,
»de su padre faltándole el amparo,
»padecerá Astianacte, á quien llamaban
»los Troyanos así porque tú sólo
»sus puertas y sus muros defendías!
»Y ahora á tí en las naves de la Grecia,
»lejos de tu familia, roedores
»gusanos comerán cuando los perros
»hayan despedazado tu cadáver
»desnudo, aunque tan ricas vestiduras
»que tus fieles esclavos han tejido
»quedan en tu palacio. Al fuego todas
»yo las arrojaré, pues ya de nada
»pueden aprovecharte y sepultado
»con ellas no has de ser; pero á lo menos,
»á vista de Troyanos y Troyanas,
»honrarán tu memoria cuando ardieren.»

Así vertiendo lágrimas decía
Andrómaca infeliz, y las matronas
en el llanto y dolor la acompañaban.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO



Héctor así, afligidos, los Troyanos en la ciudad lloraban; los Aqueos, á la orilla del mar y á los bajeles llegados, por las tiendas y las naves se dispersaron todos. Solo Aquiles no dejó á los Mirmidones que entraran cada cual en su tienda; y rodeado de su espesa falange, les decía:

«¡Mirmidones valiente! ¡compañeros!
»¡amigos! no tan pronto los bridones
»desatemos del yugo; con los carros
»cercando y los trotones el cadáver
»del infeliz Patroclo, le lloremos;
»último honor al que murió debido.
»Y cuando estemos de llorar saciados,
»y hayamos desuncido los bridones,
»aquí la cena tomaremos todos.»

Así el héroe decía, y el primero el lamento empezó, y la numerosa hueste de los Mirmidones lloraba de Aquiles al amigo. Hasta tres veces, lágrimas todos derramando tristes, en derredor del féretro llevaron los fogosos bridones; y con ellos unida Tétis, excitaba en todos

dulce deseo de llorar. Regada la arena fué, y de todos los guerreros los arneses regados, por las muchas lágrimas que vertían: tan amable y bueno fuera el capitán valiente cuya funesta pérdida lloraban. Y poniendo las manos homicidas Aquiles sobre el pecho del amigo, así el primero habló con su cadáver:

«Alégrate, Patroclo, aunque ya habites
»en la oscura región. Ya te he cumplido
»lo que te prometí; ya aquí arrastrando
»de Héctor truje el cadáver, y á los perros
»le entregué después para que en trozos
»menudos le dividan, y delante
»de tu fúnebre hoguera por mi mano
»doce jóvenes Teucros, todos hijos
»de familias en Troya esclarecidas,
»degollaré para vengar tu muerte.»

Así decía, y de Héctor al cadáver para más insultar, cerca del lecho le extendió de Patroclo boca abajo, sobre la dura tierra. La armadura de fino bronce se quitaron luego los Mirmidones todos, y del yugo

desataron también los alazanes,
y en ranchos numerosos divididos
para tomar la cena se sentaro
junto á la nave del doliente Aquiles,
que funeral espléndido banquete
á todos dió. Con el agudo hierro
muchos hermosos bueyes degollados
por el suelo caian, muchas cabras,
y ovejas muchas; y sabrosos cerdos
muchos sobre las brasas extendidos
eran para tostarse, é inundado
de sangre estaba en torno del cadáver
el suelo todo. Al afligido Aquiles
los Reyes de la Grecia condujeron
(y no poco trabajo les costara)
al pabellon del poderoso Atrida
Agamenon. Cuando en la tienda entraron,
mandó éste á sus donceles que pusieran
un gran trípode al fuego, por si todos
del hijo valeroso de Peleo
podian recabar que se lavase
la sangre y el sudor; pero obstinado
él se negó, y solemne juramento
hizo además. «Por Júpiter (decia)
»que es el más poderoso de los Dioses
»y el primero de todos, yo lo juro.
»No es justo, nó, que á mi cabeza llegue
»el delicioso baño hasta que ponga
»á Patroclo en la pira, y el cabello
»me corte, y con la tierra amontonada
»alce su tumba; que dolor tan grave
»nunca mi corazon sentir ya puede
»mientras yo viva. Y aún así forzoso
»es tomar la comida que aborrezco.
»y cuando ya la aurora á los mortales
»hubiere amanecido, diligente
»manda tú á los soldados que la leña
»traigan y junten, y la pira formen
»cual lo demanda el que finado habiendo
»ha de bajar á la region sombría.
»Y cuando ya el cadáver de Patroclo
»quemado hubiere el indomable fuego,
»y no más nuestros ojos verle puedan,
»tornen á las batallas los Aquivos.»

Quando acabó de hablar, ya los donceles
la cena dispusieron, y ocupadas
las sillas y servidos los sabrosos
manjares, los caudillos de la Grecia
los gustaron alegres. Apagada
el hambre ya y la sed, se retiraron

los demas á sus tiendas al reposo
para entregarse; y rodeado Aquiles
de Mirmídones muchos, en la orilla
del estruendoso mar y hondos gemidos
dando, sobre la arena de la playa,
que las ondas lamian, el descanso
buscó también. Y apénas en sus ojos
ya derramado el apacible sueño
que las cuitas del ánimo suspende
le hubo rendido al fin (porque sus piernas
mucho se fatigaran mientras iba
á Héctor siguiendo en derredor del muro
de la alta Troya), á su presencia vino
el alma de Patroclo, al desdichado
en todo parecia: en la estatura,
en los brillantes ojos, y en el eco
de la sonora voz, y semejantes
eran también la túnica y el manto
á los del héroe. Y acercada mucho
á la cabeza del dormido Aquiles,
así le hablaba en doloroso acento:

«¿Duermes, Aquiles, y de mí olvidado
»así reposas? Cuando yo vivia,
»mucho de mí cuidabas cariñoso;
»y viéndome ya muerto, me abandonas.
»Tú me sepulta, porque pronto pase
»del averno las puertas; pues las almas,
»que imagen son de los que ya murieron,
»léjos de allí me apartan, ni permiten
»que pasando del rio á la otra parte
»yo me junte con ellas; y afligida,
»y en derredor errante del alcázar
»de Pluton que defienden altas puertas,
»vaga mi sombra. Alárgame tu mano,
»y la última vez sea; que á tu vista
»ya no volveré más, desde que el fuego
»á cenizas reduzca mi cadáver.
»Ni ya más, de la hueste retirados,
»en suaves coloquios pasaremos
»vivos tú y yo las horas; que la triste
»Parca que á todos, al nacer, los dias
»reparte del vivir, ya de la muerte
»en brazos me entregó. Y aunque tú seas
»á los eternos Dioses parecido,
»hado te espera igual: bajo los muros
»de Troya has de morir. Pero te ruego,
»Aquiles, y te encargo que no mandes
»tus huesos de los míos separados
»depositar. Si juntos en tu casa
»nos criamos los dos desde aquel dia

»en que Menetio me llevó de Opunte
»á vuestro régio alcázar cuando siendo
»yo rapaz todavía dí la muerte,
»de cólera pueril arrebatado
»y sin querer, de Ifidamante al hijo
»en el juego de dados; y tu padre
»me recibió benigno, y con regalo
»me crió en su morada, y escudero
»me nombró tuyo; de la misma suerte
»los huesos de los dos contenga unidos
»la urna preciosa de oro que tu augusta
»madre te dió al partir.» Respondió Aquiles:
«¿Por qué, dulce Patroclo, aquí has venido
»y esto exiges de mí? Lo que me encargas
»fiel ejecutaré; pero te acerca
»porque tu cuello ciña con mis brazos.
»y aunque breves instantes el consuelo
»tengamos triste de llorar unidos.»

Así Aquiles decia y alargaba
las manos para asirle, mas no pudo
estrecharle en sus brazos; que la sombra
desapareció cual humo, y en la tierra
se hundió dando chillidos. Saltó el héroe
atónito del suelo, y una mano
con otra hiriendo, en lamentable tono
dijo á sus capitanes: «Por mi vida,
»que en las mansiones de Pluton oscuras
»hay alma y simulacro, pero cuerpo
»no tiene el que allí está. Toda la noche
»cerca de mí, llorosa y afligida,
»del mísero Patroclo estuvo el alma;
»y me explicó lo que en memoria suya
»hacer yo debo, y semejante mucho
»á él era cuando vivo.» Así decia
Aquiles, y de todos en el pecho
renovado el dolor, el tierno llanto
comenzaron de nuevo. Y la aurora
á lucir empezaba, y todavía
en derredor del infeliz cadáver
encontró á los Mirmídones llorando.

En tanto Agamenon, el campo todo
recorriendo, mandó que numerosa
turba de gente y de ligeros mulos
saliesen de las naves, y la leña
trajeran de los bosques; y por jefe
se ofreció Meriónes, el amigo
y auriga del cretense Idomeneo.
Del escuadron en la postrer hilera
iban los leñadores, en las manos
hachas de cortar leña y bien torcidas

sogas llevando todos, y delante
caminaban los mulos; y por muchas
subidas, y bajadas, y veredas,
al fin llegaron al espeso bosque
que los cerros del Ida coronaba;
y todos con las hachas cortadoras
numerosas encinas derribaron
sobre la dura tierra, y gran ruido
ellas hacian al caer. En rajás
las partieron despues, y con las sogas
sobre los mulos las ataron, y éstos,
por la inculta maleza atravesando,
la tierra hollaban con segura planta
ansiosos de llegar á la llanura;
y sendos troncos de árboles al hombro
llevaban los robustos leñadores,
porque así Meriónes lo mandara.
Y á la orilla del mar la leña toda
por hacinas pusieron en el sitio
que Aquiles designó para que fuese
un reducido túmulo á Patroclo
allí erigido, y en el cual debia
ser el mismo enterrado. Cuando estuvo
colocada la leña, los guerreros
que la trajeran, reunidos todos
cerca de allí y sentados, esperaban
que construir la pira les mandasen.

Y en tanto á los Mirmídones Aquiles
mandó que la armadura se vistiesen,
y á los carros uncieran los bridones.
Obedecieron, y de limpias armas
ya las tropas vestidas, en los carros
los aurigas sobieron y caudillos.
Iban estos al frente de la escuadra,
y de la numerosa infantería
siguió detrás la nube; y en el medio
el cadáver llevaban de Patroclo
sus amigos, y encima derramaban
la parte del cabello que cortado
se habian todos en solemne rito.
Y la cabeza Aquiles sosteniendo
por detrás, iba pensativo y triste
al ver que para siempre del amado
escudero y amigo que del orco
bajaba á la region se despedia

Quando al sitio que Aquiles señalara
vinieron, el cadáver sobre el césped
depositaron, y de mucha leña
le cercaron en torno; mas Aquiles
quiso primero en triste ceremonia